LA MEJOR PELÍCULA DEL MUNDO

José Antonio Carracao Meléndez

La mejor película del mundo

José Antonio Carracao Meléndez

avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2024
© José Antonio Carracao Meléndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-37-6
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-27398-2024

CAPÍTULO 1

A continuación vas a leer una historia sobre mi vida, no la historia de mi vida. Una historia puntual, una parte sólo de todo lo que ha acontecido a lo largo de mis muchos años de existencia, pero te aseguro que es una historia que te sorprenderá. Y es que esa ha sido siempre mi mayor felicidad, ver vuestras caras de asombro. No hay ninguna expresión mejor en los ojos de la gente.

Mi vida es una vida que no late pero que atesora recuerdos, anécdotas, vivencias e ilusiones a través de las de otros. Muchos han sido los que han pasado por mi gran sala de proyección. Es cierto que hace mucho que debían haberme dado una mano de pintura y sobre todo, el retapizado de mis

butacas, testigos silentes de tantas risas, gritos aterrorizados, sobresaltos y caricias furtivas. Pero los años han ido pasando sin que se me adecentara lo suficiente y, no sé si por causa o efecto, cada vez han venido menos y menos espectadores a disfrutar de las películas que se exponen en mí. Llega el fin, van a cerrar mi puerta y nadie más pasará por mi pasillo a tientas, buscando a oscuras su asiento acompañado por Julián, el nuevo acomodador que en realidad lleva meses trabajando sin cobrar, haciéndolo sólo por "amor al cine" como a él mismo le he oído decir. El olor a palomitas calientes me dejará también para siempre. Bernardo, "Berni" como le conocen todos, ha sido un empresario entregado que ha tratado de mantenernos a flote, a pesar de la aparición de los grandes multisalas primero y de las plataformas digitales después. Pero lo veo cansado. Son ya cuarenta y un años los que lleva gestionándome. Ahora sí ha tomado la decisión de echar el cierre. Mi vida y sentido desaparecerán entre capas de polvo, carteles que perderán su vivo color por el paso implacable del tiempo, mostradores vacíos donde se podrá intuir la actividad de antaño y todo acabará inundado por esa atmósfera que tienen las cosas que fueron importantes alguna vez y de las que ya no se acuerda nadie.

Para conocer mi historia, la historia del "Gran Cine El Dorado", deberíamos remontarnos casi setenta años atrás, cuando sólo era una nave de almacenaje y nada interesante pasaba en mi interior. Diez años después de mi inauguración, fui vendido a mi segundo dueño quien me convirtió en lo que soy. Aquellas primeras décadas tras mi transformación fueron magníficas. No sólo era escenario para la proyección de los más variados y espectaculares estrenos cinematográficos, sino que también daba cobijo a multitud de compañías teatrales que, alternándose con las películas, representaban sus historias entre mis paredes. Fueron años dorados y de esplendor que justificaban mi nombre. Luego vino Bernardo, como ya he comentado, mi último propietario. Pero no es hablar de todo esto mi objetivo, lo que quiero contarte es lo que pasó tras la decisión de mi cierre. Esa sí que es una historia que deberían proyectar en mi enorme pared.

CAPÍTULO 2

Aquella mañana del dos de mayo, fue la primera vez que Bernardo reparó en el peso del manojo de llaves. Es curioso, porque lo oí murmurar que hasta ahora nunca lo había sentido. Tenía decidido que esa sería la última vez que cerraría el enorme candado de mi puerta principal y que ya nunca más volvería a abrirlo. En su mente estaba el colocar, en cuanto pudiera —también lo oí comentarlo con Julián—, un cartel solemne, al estilo de los antiguos letreros con los nombres de las películas, anunciando que "El Dorado", es decir, yo, cerraba para siempre. Quería ver ese cartel en el expositor de la fachada, no solo para informar a la exigua clientela que aún teníamos, sino también, estoy seguro,

como una queja contra nadie y contra todos. Un cartel que simbolizara una especie de grito contra la deriva de la industria de entretenimiento audiovisual, contra los clientes que nos habían dado la espalda, contra los proveedores que lo acechaban, contra los impuestos, contra la añoranza del pasado y contra la incertidumbre del futuro, pero sobre todo un grito contra la pérdida del sueño de su vida.

En la calle, todo era bullicio y frenesí como contrapunto al ritmo languideciente de mi interior. También la temperatura era más agradable fuera que dentro; Bernardo lo sintió al sacar los brazos para tirar de las persianas, hoy especialmente dificultosas de mover por las oxidadas guías, cosa que comprobé por la reacción de su piel. Peleándose así como estaba con el cerramiento, no advirtió que una voz dulce y aterciopelada le hablaba desde fuera. No fue hasta la segunda vez que le dio los buenos días cuando se percató de la presencia.
La conversación entre ellos fue así:

—¡Disculpe! ¿El cine está cerrando? —dijo una joven risueña justo al otro lado de la reja.

—Sí, lo siento. Estamos a punto de cerrar —contestó Bernardo.

—Oh, vaya... Soy Suzan. Estoy realizando un trabajo sobre cines históricos en la ciudad y me

encantaría incluir "El Dorado" en mi proyecto. ¿Podría tomar algunas imágenes y hacerle algunas preguntas sobre la historia del lugar? Solo serán unos minutos.

A pesar de lo duro del momento, Bernardo siempre había sido un hombre afable y dispuesto a ayudar a los demás. Por lo que no dejó entrever su pesadumbre mezclada con rabia y contestó a la joven como si nada perturbara su mente.

—Por supuesto. ¿Has dicho que te llamas Suzan?

—Sí, con "z" —dijo la joven.

—¿Le importaría si mi empleado, Julián, la atiende mientras yo acabo? —le propuso mi empresario.

—¡Claro! No hay problema —respondió la joven, agradecida.

—Sigue por la acera hasta la fachada lateral; ahí verás la salida de emergencia. En un momento aviso al chico para que le abra.

Suzan siguió las indicaciones del empresario y lo dejó peleándose de nuevo con la persiana, mientras gritaba hacia el interior reclamando la atención de Julián.

Apenas unos minutos después, tras mi puerta de emergencia, apareció una joven y agradable cara, con unos curiosos ojos negros que apenas

podían verse detrás de unas gafas de pasta, también negras, que los ayudaban a enfocar. Era como si llevara un antifaz. Encima de las gafas, un flequillo a modo de cortinilla, del mismo color negro intenso. Solo la enorme sonrisa del muchacho, con sus dientes blancos y perfectamente alineados, daba luminosidad al conjunto.

Ambos guardaron un repentino silencio durante algunos segundos, en los que se dedicaron a observarse con complaciente curiosidad.

—Eres… —Suzan se calló al oír que Julián estaba hablando.

—Hola, soy… —Julián guardó silencio al comprobar que Suzan hablaba.

Después de interrumpirse, los dos volvieron a iniciar la conversación atropellándose de nuevo.

—¡Perdona! —zanjó Julián, haciendo un gesto a la chica para invitarla a hablar.

La joven sonrió divertida.

—No, perdona tú. Te preguntaba si eres Julián. El dueño del cine me ha dicho que hablara con él.

—Sí, soy yo. Ya me ha dicho Berni que querías hacer algunas fotos del cine.

—Sí, y me gustaría conocer un poco sobre su historia. Estoy haciendo un proyecto sobre los cines antiguos de la ciudad. Es en realidad un trabajo de fin de grado, en el que abordo la temática de los

cines como espacios de representación de la realidad, construcción educativa y evolución social.

—¡Guau!, sí que parece interesante —dijo Julián.

Suzan se sintió súbitamente contrariada, como pude comprobar por el repentino rubor de sus mejillas. Debió temer haber sonado demasiado pedante y que la exclamación de Julián en realidad escondiera una alta dosis de ironía. Pero comprobó que no era así. A Julián de verdad le interesaba mucho todo lo que tenía que ver con el cine. Mientras se adentraban en mi interior, en apenas unos minutos, ambos se contaron sus preferencias, planes y expectativas en la vida. Julián quería empezar el próximo curso la diplomatura en Guion Cinematográfico y Suzan estaba terminando el doble grado en Cine más Comunicación Audiovisual. Era evidente que, siendo ambos de la misma edad, habían aprovechado el tiempo de diversa manera. Mientras la joven reconocía haber sido una alumna aplicada y esforzada, Julián aseguraba que era más disperso y que tras los estudios de secundaria se dedicó a viajar por Europa. Como le oía contar a menudo en sus conversaciones con Bernardo, sostenía que un guionista debía ver muchas cosas en muchos sitios distintos. Decía que quería tener las retinas repletas de imágenes, como

si fuera un banco de almacenamiento al que poder acudir cuando se enfrentara al proceso creativo de escribir sus historias. Eso era precisamente lo que hacía aquí. A pesar de no cobrar regularmente, seguía viniendo para ver películas y observar a la gente. Estos conocimientos sobre Julián, sumados a la primera impresión que de él tuvo Suzan, despertaron en ella un verdadero interés. Interés que era correspondido. Así que se pasaron casi toda la jornada laboral del chico yendo de aquí para allá, tomando imágenes y contándose historias que no siempre tenían que ver conmigo, sino más con ellos mismos. La búsqueda de información para su proyecto llevó a la chica a tener que volver al día siguiente para confirmar, contrastar o simplemente completar sus anotaciones, o tal vez, seguramente, para ver a Julián de nuevo.

Y fue precisamente ese segundo día en el que nos visitó Suzan, cuando en la pequeña oficina de Bernardo, una salita situada al fondo del pasillo de entrada, pasado el mostrador y el expendedor de palomitas, frente a los servicios, se produjo la conversación desencadenante de lo que pasaría después.

CAPÍTULO 3

No es que me avergüence reconocerlo, pero esa oficina se ve mal y huele aún peor. No tiene ventilación, salvo por un respiradero que da a la calle. Originalmente, ese espacio en mi construcción había sido siempre el retrete y cuarto de almacén, donde se guardaban algunas herramientas y cajas de sacos vacíos. Tras mi primera transformación, hubo la necesidad de construir unos baños, y fue entonces cuando esa pequeña habitación pasó a ser la oficina. Desde entonces ha permanecido prácticamente igual. El amarillento de sus paredes dejaba ver la falta de mimo y cuidado que en realidad tenía por todas partes. Sin embargo, Bernardo la mantenía suficientemente ordenada y, aunque escasa de

mobiliario (apenas una mesa de escritorio, cuatro sillas, un viejo sofá de dos plazas que conocía con detalles los desvelos de mi empresario y un armarito bajo donde se colocó la pantalla para controlar las imágenes de las cámaras de la entrada y el pasillo, que en realidad no funcionaban), podría decirse que estaba bien decorada.

Aquella oficina fue zona de estudio en las tardes que no tenía con quién quedarse para que lo cuidaran, lugar de juegos e incluso escenario de la primera relación sexual de Vito, único hijo de Bernardo. Vito, que debe su nombre al famoso personaje de la película dirigida por Francis Ford Coppola, no tenía nada que ver con él. Era un muchacho de veinte años, afable y cariñoso. A pesar de haber iniciado sus estudios de Marketing, siempre ayudaba a su padre, como había hecho desde pequeño, y compartía con él el gusto por el cine y, sobre todo, su amor por mí. Lo que ocurre es que "El Padrino" fue la primera película que se proyectó en mi sala, en la etapa de Bernardo. Concretamente en 1983, el mismo año de su reclasificación por edades en España. Y fue tanta la fascinación que aquella cinta produjo en Bernardo y tanta la admiración por el trabajo que realizó Marlon Brando, que el 14 de enero de 2004 nació, contra todo pronóstico, Vito Villanueva Mazarredo, fruto de la

relación que Bernardo, ya con cuarenta y un años, tuvo con una de sus empleadas. En realidad, la única relación que había tenido hasta entonces. Una joven vasca, diecisiete años más joven que él, que había llegado a la ciudad en busca de trabajo y de la que se enamoró perdidamente. Aquellos fueron unos años muy felices. La pareja se convirtió, unos meses antes del nacimiento, en matrimonio, formando un próspero tándem. A la pasión y visión empresarial de Bernardo se unió el carácter fuerte y tenaz de ella, lo que impulsó mi actividad y eso se tradujo en los años más productivos de mi vida. Sin embargo, la tragedia no tardó en hacerse presente y, cuando Vito contaba con tan solo cuatro años, Maitane, que así se llamaba su madre, murió por una repentina enfermedad de la que nunca llegué a enterarme bien del todo en qué consistió, pues desde entonces no he oído apenas hablar del tema. Esta pérdida sumió a Bernardo en una profunda tristeza que no le llevó a algo peor, en parte por la obligación de cuidar y criar a Vito y en parte por mí. El bueno de Bernardo jamás volvió a casarse, ni yo a tener aquella actividad. Maitane fue su único y breve amor.

Pues allí, en esa pequeña oficina que parecía haberse detenido en el tiempo, se había citado Vito con su amigo de la infancia, Alex, y el primo de

este, Martín, quienes acudieron sin dudarlo y con una gran curiosidad por el mensaje que Alex había recibido de su amigo: "Necesito verte. Mi padre cierra el cine, pero tengo una idea. A ver si puedes decirle a tu primo Martín que venga también. ¡Vamos a hacer algo grande!".

Debéis saber que Vito y Alex eran amigos desde la infancia. Mejores amigos, en realidad. Ambos vivían en el mismo edificio, uno en el primero B y el otro en el segundo B. El que estaba encima era Alex. Cuando la madre de Vito falleció, la familia de Alex ayudó mucho con su cuidado. Estuvieron ahí para todo, especialmente para ayudar a Bernardo con la intendencia y logística de simultanear la dirección de un cine de barrio y la crianza en solitario de un niño. Por eso, fueron muchas las noches en las que Vito cenaba en la casa de Alex, y no menos en las que se quedaba a dormir. La ayuda que recibió de esa familia fue impagable, por eso, como un mínimo detalle de agradecimiento, Bernardo había dejado claro que los miembros de esa familia nunca pagarían para entrar al cine. Cosa que todos rechazaban, pero que no tenían más remedio que acatar ante la insistencia férrea del dueño. Era su forma de aliviar, de alguna manera, la pesadumbre que le provocaba aquel, para él, abuso sin solución que hacía de los García. Por todo esto, es fácil deducir

que Vito y Alex eran más que mejores amigos, eran como hermanos. Pasaban casi todo el tiempo juntos, incluso ahora que Vito estaba inmerso en sus estudios universitarios y que Alex trabajaba de dependiente en una conocida cadena de tiendas de ropa.

De esta pareja tengo miles de anécdotas. De pequeños, siempre andaban revoloteando por aquí, entrando y saliendo de la sala con la película ya empezada solo para volver a ver alguna escena concreta, sobre todo si aparecía un desnudo o muerte truculenta; robando chocolatinas del expositor; subiendo a la cabina de proyección o, simplemente, cuando ya fueron un poco mayores, sentándose en los bancos del pasillo para ver pasar a los amigos y conocidos, a los que saludaban con ese aire interesante que da el creerse dueños de un cine.

También hicieron pequeñas gamberradas en sus años adolescentes. La más sonada fue hace unos seis años, cuando pintaron "Thanos gana al final" en mi fachada lateral, en referencia al villano y protagonista de la película *Vengadores: Infinity War*. Esta aclamada superproducción de Marvel tenía ese giro de guion que pocos intuían durante el visionado, por eso, recibir ese spoiler de camino a la entrada del cine disgustaba mucho a todos los fans de este mundo de superhéroes. Pero los

que realmente se llevaron el disgusto fueron los dos granujas, pues Bernardo descubrió un bote de spray negro en la papelera bajo los envases de cartón de las palomitas, lo que, sumado a la mancha de pintura del mismo color en la mano derecha de Alex, no dejaba lugar a dudas. Descubierta la autoría, no solo los obligó a limpiarlo frotando con unos minúsculos cepillos, comprados expresamente para hacer aún más penosa la tarea, y a pintar la pared de extremo a extremo, sino que los obligó a estar durante un mes entero, como si de dos azafatos se tratara, uno frente a otro en la puerta de la sala, recibiendo a los espectadores que accedían al interior para pedirles perdón. La mayoría de los clientes no entendían nada, pues las películas iban cambiando y no encontraban el sentido y el contexto de aquellas disculpas. Aun así, Vito y Alex cumplieron estoicamente su castigo, que, por otra parte, tampoco le vino mal al negocio, pues no fueron pocos los compañeros de clase y conocidos del barrio que iban al cine por aquellos días, fuera cual fuera la película, solo para mofarse y verlos pedir perdón como autómatas, con la mirada perdida en el suelo.

Tras acceder al interior de la oficina, el primero en tomar la palabra fue Alex.